

La escasa merienda de los tigres

En la juerga de los jergones por la cerradura
aquél que soy yo no sé qué miraba en el patio de butacas
no sé qué esperaba en la desesperanza pues la hora no pára
en la esperanza de no sé qué yo desesperaba tanto.
Y las gentes corrían por los pasillos en busca de las Bienaventuradas Islas
que prometió el viejo que se arrulla en el furgón de cola
y la feroz mujer golpeaba la puerta de mi cuarto: «Arriba gandul
queridísimo gandul arriba
está ya comenzando la función de la tarde
queridísimo gandul de treinta años».
Pero yo estaba allí como un ardiente niño
como un niño con ganas de jugar furiosamente al futbol
los domingos los jueves y los restantes días de la semana
y me pulsaba me palpaba por si haberme convertido en ratoncito o lluvia
o en personaje oficial de Floripondia
o en fogonero de un navío celeste
que partiera el día cincuenta y dos de mayo
en busca del vinopán de los locos Dragones
que inventaron la vida y todas las cosas.
«Arriba querido gandul coje la escoba
te esperan allá fuera para hacer tu papel de bendito diablejo inocente»
Y las gentes irrumpían roncando en el patio de butacas
y yo tocaba el tambor desde los anfiteatros
y las gentes se ponían sus caretas apresuradamente
y yo me desnudaba y sentía risa ganas de llorar a todo trapo.
Ya habrán entrado todos y salido cansaditos del trabajo diario a duras penas
ya estábamos allí todos emborrachándonos aburridos
junto al embarcadero del Sol
de donde parten los secretos expresos
con su carga diaria de difuntos hacia el oeste tenebroso
y yo me sentía como un general con apetito de ser aniquilado
de ser fulminado por el cuello hundidamente
por ese fabricante de agua y luz y pequeños animales paranoicos
cuyo domicilio ignoramos todos aún a estas alturas.
Y yo volvía a mirar al patio de butacas
como un perro pensativo sin su hueso
y me tiraba por los suelos bramando de estaturas perdidas